

# “ESPERANZAS HUMANAS Y ESPERANZA CRISTIANA”

Por MIGUEL BENZO

## INTRODUCCION

Hace exactamente setenta años, uno de los grandes poetas cristianos de nuestro tiempo, el francés Charles Peguy —en aquella época y en los años siguientes que, a pesar de no estar muy lejana en el tiempo, nos parece muy lejana en la historia; en aquella época en que gran parte de los pensadores, novelistas, dramaturgos, poetas de Europa se confesaban católicos; en aquella época en que en Francia escribían Leon Bloy, François Mauriac, Georges Bernanos, Paul Claudel, Gabriel Marcel, Jacques Mountainis. En la

Inglaterra de los Chesterton, Barin, Belloc, Greene (todavía sigue escribiendo); en la Italia de Ugo Betti; en esa Europa en la que el cáustico ingenio francés lanzó aquella frase ingeniosa aunque injusta, de que en la cultura europea no había más que “convertidos” e “invertidos”; en aquella época, Charles Peguy escribía uno de los poemas más bellos que se han escrito sobre la virtud de la esperanza. La lectura de este breve poema, puede servirnos de introducción a nuestra reflexión de hoy:

“La fe que amo más, dice Dios, es la esperanza.  
Porque la fe no me asombra,  
no es asombrosa.  
¡Brillo tanto en mis creaturas, en el Sol, en la Luna y en las estrellas,  
en todas mis creaturas, en los astros del firmamento y en los peces del mar,  
en el universo de mis creaturas...!  
La caridad, dice Dios, tampoco me asombra.  
No es asombroso.  
Esas pobres creaturas son tan desgraciadas  
que a menos que tengan un corazón de piedra  
¿cómo no tendrían caridad las unas con las otras?...  
Pero la esperanza, dice Dios, he aquí lo que me asombra. A mí mismo. Es asombrosa.  
Que esos pobres hijos vean todo lo que ocurre, y que a pesar de todo crean que mañana irá mejor.  
Que vean lo que pasa hoy, y crean que mañana por la mañana irá mejor.  
Es asombroso, y sin duda una de las mayores maravillas de nuestra gracia.  
Estoy asombrado. Yo mismo.  
Es preciso que mi gracia sea, en efecto, de una fuerza increíble,  
que corra de una fuente como un río inagotable  
desde la primera vez que empezó a correr y mientras continúa corriendo.  
En mi creación natural y sobrenatural.  
En mi creación espiritual y carnal,  
y sin embargo espiritual.  
En mi creación eterna y temporal y sin embargo eterna.  
Mortal e inmortal.  
Y esa vez, desde aquella vez que ella corrió como un río de sangre  
del costado traspasado de mi Hijo.  
Qué poderosa no será mi gracia y la fuerza de mi gracia, para que esa pequeña esperanza vacilante  
al soplo del pecado, temblorosa a todos los vientos, ansiosa al menor soplo  
sea también invariable, se mantenga tan fiel, tan derecha, tan pura  
e invencible e inmortal, imposible de apagar.

Como esa pequeña llama del Santuario  
que arde eternamente en la lámpara fiel.

Una llama temblorosa ha atravesado el espesor de los mundos,  
una llama vacilante ha atravesado el espesor de los tiempos,  
una llama ansiosa ha atravesado el espesor de las noches.

Desde aquella primera vez que mi gracia corrió para la creación del mundo.

Desde siempre que mi gracia corre para la conservación del mundo.

Desde aquella vez que la sangre de mi Hijo ha corrido para la salvación del mundo.

Una llama imposible de apagar, imposible de extinguir al soplo de la muerte.

Lo que me asombra, dice Dios, es la esperanza.

Y no vuelvo de mi asombro.

Esa pequeña esperanza que no parece ser nada.

Esa pequeña niña esperanza.

Inmortal".

**La esperanza cristiana y toda la salvación cristiana ha sido entendida como un llamamiento que viene de lo alto, que arrebató al hombre, sin tener en cuenta la situación histórica ni el mundo en el que está, y lo introduce en un mundo diferente, en un mundo de horizontes que el hombre jamás hubiera podido soñar**

## ***DOS PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS DE LA ESPERANZA***

Sin pretender alcanzar la profundidad incomparable de los poetas, los teólogos, intentamos reflexionar sobre esta realidad de la esperanza cristiana. Y la esperanza ha sido entendida en la Teología con dos perspectivas muy diferentes. La esperanza cristiana y toda la salvación cristiana ha sido entendida como un llamamiento que viene de lo alto, que arrebató al hombre, sin tener en cuenta la situación histórica ni el mundo en el que está y lo introduce en un mundo diferente, en un mundo de horizontes que el hombre jamás hubiera podido soñar, en un mundo de encuentros y en un mundo de expectativas que el hombre nunca hubiera osado desear. Otra corriente teológica presenta por el contrario, la esperanza encarnada en la tierra, la esperanza hecha carne, como una promesa de Dios, que ofrece al hombre caminante en el mundo, un nuevo sentido de la vida, un nuevo horizonte, pero que no le arrebató fuera de este mundo, sino que le da un nuevo modo de entender el mundo, una nueva dimensión para comprender la vida, para comprender nuestro destino en la tierra.

Puesto a elegir, confieso que mi preferencia al interpretar la esperanza va en esta segunda dirección, la esperanza encarnada, la esperanza hecha huesos y sangre, la esperanza que ilumina al hombre ya en este mundo, la esperanza que no le lleva a un mundo diferente, sino que le empuja hacia un futuro personal y colectivo cada vez mejor como preparación para la eternidad.

Cuando los teólogos intentan describir los elementos fundamentales de la esperanza, enumeran una serie de aspectos, de los cuales voy a limitarme a citar los que me parecen más esenciales. Esperar supone, ante todo, sentirse insatisfecho. El hombre plenamente satisfecho, el hombre saciado en sus apetitos, el hombre que cree haber logrado todo lo que ansiaba, ese hombre no espera, más bien tiene miedo al cambio, tiene miedo al futuro, tiene miedo a lo que le puede arrebatar ese presente que le llena en plenitud.

Ayer nos decía Ricardo Alberdi cómo la utopía del capitalismo y la utopía del socialismo han coincidido en presentar un mundo unidimensional, un mundo sin transcendencia, un mundo donde se pretende estar plenamente satisfecho con los bienes que este mundo ofrece.

De la insatisfacción nace otro elemento constitutivo de la esperanza, que es el deseo. El que no desea tampoco espera, el que ya ha renunciado a alimentar la llama de la expectativa, la llama del ansia, la llama de la búsqueda, ese no tiene esperanza.

La esperanza supone también una confianza. El que tiene esperanza es porque cree que esa aspiración profunda del hombre, la más honda, el más hondo anhelo de nuestro espíritu puede tener respuesta. Quien no cree que ese anhelo puede tener respuesta es el hombre resignado, el hombre que ha aceptado el destino trágico de aspirar a lo que es inalcanzable. Pero esta expectativa y esta búsqueda y esta confianza pueden referirse a dos tipos de bienes muy

## **El hombre necesita encontrar un sentido a su existencia, necesita situarse en el mundo, saber para qué está, saber cuáles son las metas que persigue, cuál es el destino último que busca, entender, comprender, interpretar la vida**

distintos: aquellos bienes que se nos van a dar sin esfuerzo ninguno por nuestra parte, que van a ser un simple don, y aquellos otros bienes que requieren que salgamos al encuentro de esa donación, que pongamos de nuestra parte la muy humilde aportación de nuestra libertad.

A este tipo de dones pertenece la esperanza cristiana. Por eso la esperanza cristiana, además de ser un don, implica una atención, un esfuerzo, un salir al encuentro, un buscar, un trabajar para que la esperanza que Dios nos entregue se realice en nosotros como individuos y como colectividad.

En resumen, podríamos decir, podríamos definir la esperanza cristiana como una confianza desconfiada. Confianza porque confiamos en el amor que Dios nos tiene. "Sabemos, dice Pablo, que Dios es fiel". Desconfianza porque no estamos seguros de que lo que hoy hemos elegido lo elijamos también mañana y dentro de un mes, y dentro de un año. No podemos prevenir, ni prever nuestra futura voluntad. Por eso, esa tensión entre esa confianza que tenemos en Dios y la desconfianza que tenemos en nosotros mismos, crea la dramática tensión de la esperanza cristiana.

### ***INSERCIÓN DE LA ESPERANZA CRISTIANA EN LA ESPERANZA ENCARNADA***

Ahora bien, ¿cómo se inserta esa esperanza cristiana en esta segunda interpretación que hemos elegido, la esperanza encarnada, la esperanza hecha huesos, hecha sangre y carne del hombre? ¿Cómo se encarna en nuestros deseos? Porque en esta perspectiva la esperanza cristiana viene a colmar los deseos del hombre, aunque dándoles una dimensión que el hombre jamás hubiera osado soñar. ¿Qué es lo que el hombre desea?, ¿qué es lo que le hace esperar?, ¿qué es lo que le hace abrirse a la esperanza?

Sin intentar una investigación que nos lleve a la raíz de estos últimos deseos, la enumeración no es difícil, el hombre necesita encontrar un sentido a su existencia, necesita situarse en el mundo, saber para qué está, saber cuáles son las metas que persigue, cuál es el destino último que busca, entender, comprender, interpretar la

vida; si no, nos sentimos perdidos, nos sentimos rodeados de una niebla que no nos permite dar ningún paso. Y el hombre desea realizar un ideal ético de vida. Hasta tal punto este deseo de realizar una perfección de vida, realizar un modelo de existencia es poderoso en el hombre, que a veces, puede ser el único móvil de la conducta: el héroe trágico, el héroe sin esperanza, que no tiene ningún horizonte por delante, sin embargo, encuentra fuerzas para realizar su tarea en la condición de que está alcanzando la cima, enfrentándose con el destino y diciendo la palabra de verdad que cree que tiene que decir. Prometeo, Edipo, Hércules, son ejemplos que nos muestran esta inspiración que la realización de un ideal puede dar a una vida que no tiene otro horizonte transcendente.

Y el hombre desea eminentemente una plenitud de valores. El hombre desea la verdad, desea el bien, desea la belleza, y en esta vida no se encuentra más que, en el lenguaje de San Juan de la Cruz, mensajeros que le hablan de esa verdad, de esa belleza, de esa bondad de un modo limitado, de un modo parcial. Pero no nos bastaría con un horizonte platonizante de belleza, de amor y de verdad: necesitamos también una relación personal. No nos basta con una contemplación abstracta. Los hombres necesitamos que alguien nos ame, que alguien nos acepte, que alguien nos tome en nuestra limitación y en nuestra finitud en sus manos y que seamos importantes para Él. Es aquello que ha dicho un pensador contemporáneo: "el amor es lo único que nos justifica de existir". Necesitamos esa relación personal. Pero todas estas relaciones, por valiosas que sean, que en esta vida establecemos, tienen siempre la limitación del tiempo, la limitación de la comunicación, la limitación de que la otra persona, aunque nos acepte, es también limitada y no puede dar una justificación definitiva a nuestra existencia.

Finalmente, los hombres necesitamos, no solamente alcanzar una plenitud nosotros, sino que todos aquellos que nos están vinculados también alcancen la felicidad y estén exentos de sufrimientos. Somos hombres abiertos al mundo. No cabe duda de que los hombres de nuestra época, a través de los medios de comunicación,

tenemos un sentimiento de comunidad mucho más extenso que los hombres pertenecientes a otras épocas. Los hombres de nuestro tiempo, para ser felices, necesitamos una humanidad feliz. Para alcanzar la plenitud deseamos una humanidad plena. Para encontrar sentido a la vida necesitamos que los demás hombres encuentren también sentido a la vida. Y he aquí donde se inserta, a mi modo de ver, la esperanza cristiana. La esperanza cristiana no viene a negar estas aspiraciones y estos valores de los cuales se encuentran reflejos importantísimos en la vida presente, pero reflejos insuficientes, lo que viene es a presentar un horizonte que les trasciende. En el pensamiento de Pablo, lo que la esperanza cristiana nos promete, no es que encontraremos parcelas de sentido y parcelas de ideal y parcelas de valores, de belleza de bondad, de verdad y parcelas de amor, lo que nos promete es que algún día veremos lo absoluto cara a cara. No es un espejo enigmático como en la vida presente, lo veremos tal cual es.

### ***DOBLE DIMENSION DE LA EXPERIENCIA DEL MUNDO***

De aquí que la experiencia profunda en la cual germina la esperanza, sea una experiencia bifronte, una experiencia ambivalente, que es la experiencia radical del hombre.

Es la experiencia de lo valioso y lo limitado del mundo. Cada una de nuestras experiencias del mundo tiene siempre esa doble dimensión. En toda experiencia mundana hay algo de valioso, en toda experiencia mundana hay algo de limitado, por eso la experiencia de la vida

en nuestra esperanza, dos dimensiones en nuestra necesidad de salvación.

Como hombres pertenecientes a este mundo y a la vida terrena necesitamos una vida que reúna condiciones para que sea plenamente humana, y nada más inhumano que rechazar esta expectativa terrena del hombre. Necesitamos nuestra verdad, necesitamos nuestro amor, necesitamos nuestra felicidad, necesitamos nuestra justicia, necesitamos nuestra comunidad terrena, porque somos hombres de la tierra, hechos de tierra y pertenecientes a esta tierra, y no podemos ni debemos renegar de ella. Sería renegar de la Patria que Dios nos ha dado.

Por eso, todos los intentos generosos de hacer un mundo mejor, un mundo más justo, un mundo más equitativo, un mundo más igual, un mundo en el que se distribuyan mejor los bienes culturales y materiales de la tierra, son expectativas e iniciativas que el hombre cristiano tiene que asumir, porque el hombre ha de ser salvado ya incoativamente e inicialmente en este mundo. Negar esa necesidad de salvación en nombre de una salvación trascendente es una actitud de inquisidor, de verdugo, de fanático. Al encuentro con Dios se llega a través del encuentro positivo con este mundo, y quien en este mundo no ha tenido experiencias de amor y experiencias de belleza y experiencias de bien, no puede tener una imagen positiva de Dios, una imagen positiva de lo absoluto, porque no tiene elementos para crear esa imagen positiva. Para él lo absoluto aparecerá como la amenaza, como el mal, como la destrucción, como el rival para arrebatar al hombre su subjetividad y su libertad.

**Necesitamos nuestra verdad, necesitamos nuestro amor, necesitamos nuestra felicidad, necesitamos nuestra justicia, necesitamos nuestra comunidad terrena, porque somos hombres de la tierra, hechos de tierra y pertenecientes a esta tierra**

actúa sobre nosotros como un trampolín que nos empuja a algo que no está aquí presente. Siempre, ante cualquier bien que logramos en este mundo, siempre decimos inevitablemente: "es esto, pero no es esto. Algo buscaba yo, pero no es esto todo lo que yo buscaba". Esa actitud de búsqueda a través de los encuentros positivos que realizamos, a través de las sospechas de algo que está más allá y que debe ser el encuentro definitivo, es el estado de ánimo humano en el cual puede germinar la virtud de la esperanza cristiana. Por eso encontramos dos dimensiones

Por eso, la experiencia de la esperanza, permitaseme hacer este juego de palabras, es una experiencia alegre y dolorosa. Alegre porque ilumina a todos nuestros deseos con la confianza de que algún día encontrarán respuestas plenas y adecuadas, pero dolorosas, porque hay una serie de elementos intrínsecos a la esperanza en este mundo que la hacen sufriente, que la hacen limitada.

Hemos ya, de algún modo, aludido a ello: reconocer que nuestra vida es insatisfactoria. Enfrentarnos con esa insatisfacción constitutiva

es doloroso, y hay muchos que prefieren no hacerlo, que prefieren resbalar por la vida sin penetrar en su insatisfacción esencial. Quieren convencerse a sí mismos de que son seres satisfechos, seres que han llegado, seres que no tienen ya tensión de búsqueda.

Es dolorosa la esperanza porque nos obliga a admitir la esperanza trascendente, la esperanza religiosa. Nos obliga a admitir que los bienes terrenos no son las respuestas idóneas, nos obliga a ver el rostro de limitación que tiene toda consecución terrena y nos hace reconocer que el poder y la gloria, el triunfo, la vanidad, el amor, el dinero y el bienestar son provisionales. Todo eso es pasajero, todo eso es insuficiente y nuestro corazón sigue inquieto, y nuestro corazón sigue buscando.

Y es dolorosa la esperanza, porque exige ponerse en camino hacia el don que nos viene de Dios. Y ese ponerse en camino es un esfuerzo constante de apertura, de marcha, de peregrinación, de arrancarnos de los que tenemos, para abrirnos a lo que nos aguarda. Ya en el llamamiento que abre la historia de Israel, dirigido a Abraham, está la esencia de la esperanza: "Deja tu tierra, tu parentela y ponte en camino hacia la tierra que yo te daré". Esta confianza en el Dios que nos promete una tierra desconocida, y que no nos dice apenas nada sobre ella, que nos pide que pongamos en El nuestra confianza y que basados en ella caminemos largamente, difícilmente, duramente por el camino de nuestra autorrealización cristiana exige un esfuerzo que son muchos los que no desean tomar sobre sí.

que se nos promete: de la vida eterna, de la vida del más allá.

¿Cuáles son las motivaciones que hacen que tantos de nuestros contemporáneos elijan el desencanto? Porque el desencanto se elige, como se elige la esperanza. A veces es verdad que viene sobre nosotros, aplastándonos, un sentimiento de banalidad, de inutilidad. Pero también es cierto que podemos reaccionar ante ese sentimiento, a veces no poco arrollador. Elegimos el desencanto como elegimos la esperanza, y ante esta opción todo hombre tiene que tomar su camino. ¿Por qué se elige el desencanto? Yo diría que, en primer lugar, se elige el desencanto porque hay condiciones negativas que quizá muy pronto en nuestra existencia nos han hecho perder el amor a la vida. El habernos sentido no aceptados por los seres que nos trajeron a este mundo, el haber vivido en un mundo agresivo, en un mundo injusto, en un mundo opresor, en un mundo en el que faltaban los bienes indispensables para una convivencia humana, en un mundo en el que no se ha podido acceder a aquella cultura para la que uno se sentía llamado y se sentía con actitud y con vocación. Todo eso puede desarrollar un sentimiento de frustración, y hacer que la vida nos parezca sombría, y por tanto, que no merezca la pena abrirse a ninguna ilusión, a ningún horizonte, sino hundirse en el oscuro placer de la autodestrucción, que es otro nombre del desencanto.

Puede conducirnos al desencanto una falsa actitud científica de confiar en el determinismo. ¿Para qué esperar?: Las cosas que hayan de venir, se realizarán por sí solas. Las leyes económicas, las leyes biológicas y las leyes

## **Las leyes económicas, las leyes biológicas y las leyes sociales son las que cambian el mundo**

### ***RAZONES PERSONALES DEL DESENCANTO***

Por ello, como el título de estas conferencias es "Desencanto y Esperanza". Lo cual nos lleva necesariamente a plantearnos el tema del desencanto, para comprender mejor el segundo término, el de la esperanza. Ricardo Alberdi, ayer nos hablaba de razones sociales para el desencanto. Yo, hoy, voy a hablar de razones personales, individuales para el desencanto. Desencanto de la vida, del valor de la vida; y el que no cree en el valor de esta vida, decíamos antes, tampoco puede creer en el valor de la vida

sociales son las que cambian el mundo. En un sentimiento que se encuentra muy profundamente arraigado en toda actitud materialista. En el fondo, quizá sea la esencia misma del materialismo: la convicción de que el mundo no cambia por la acción de los hombres, ni individual ni colectiva, sino que cambia por fuerzas anónimas que escapan por completo a nuestro control.

Se encuentra en el determinismo de signo cientificista y se encuentra en el determinismo de signo marxista. Si el hombre no tiene poder sobre su destino, si ni siquiera puede, en una pequeña medida, contribuir a que el mundo cambie, si ni siquiera unido a otros puede

modificar el curso de la historia, entonces, ¿qué otra cosa nos queda sino sentarnos al margen, a la vera del camino, en la cuneta de la senda de la historia y dejar que la historia pase?

Y hay también un modo de desencanto muy actual en nuestro tiempo, muy buscado en nuestro tiempo, que incluso intenta realizarse a través de experiencias tomadas de religiones lejanas (la actitud del Budismo Zen, por ejemplo), en el que se busca en lugar de la esperanza, la actualidad del presente, vivir en el presente, no pensar más que en el presente. Nos dicen quienes conocen el Budismo Zen que a los novicios de esta corriente budista centrada sobre todo en el Japón, se les enseña a no esperar ninguna lógica en los acontecimientos. Cuando hacen una pregunta, el maestro les contesta una respuesta absurda, o les obliga a hacer una tarea humillante o incluso les golpea para que aprendan a mantenerse en el presente y no inquirir nada del futuro. Este identificarse con el presente como única realidad, este vivir en el momento, en su instantaneidad, tan reflejado en la belleza del arte japonés, en el pájaro, por ejemplo, colocado sobre la rama, que se ve que va a emprender el vuelo en cualquier momento. Es un instante fugaz, reflejado en este dibujo con una belleza sobrecogedora, precisamente por lo que tiene de fugitiva. Eso es lo que muchos de nuestros contemporáneos eligen. El presente y no me habléis del futuro, porque el futuro, más bien, piensan que será amenazador, que puede ser terrible y no quieren vivir más que en el presente de lo inmediato.

Finalmente yo diría que hay un tipo de desencanto que lleva a una especie de heroísmo desesperado. Quizá lo encontramos como una componente del terrorismo. Quizá algunas cosas leídas sobre la psicología del terrorista parecen indicarlo así. Quizá es el hombre que quiere afirmar su existencia en la destrucción, encontrar la culminación de la vida en la muerte, encontrar la suprema expresión de su paso por el mundo en la aniquilación de ese mundo.

El desencanto reviste muchos rostros, unos más profundos, otros más superficiales. Y ante ese desencanto de tantos de nuestros contemporáneos, hay que proclamar la esperanza cristiana.

## **ACTITUDES DEL HOMBRE ANTE LA VIDA**

Pero antes de entrar en lo específico de la esperanza cristiana, tendríamos que hacer una breve reflexión sobre las actitudes que el hombre puede adoptar ante las interrogantes fundamentales de la vida. Esta vida que pasa, que transcurre, esta vida en la cual múltiples deseos nos empujan, esta vida que nos exige plantearnos el hacia dónde, esta vida que nos obliga a elegir y nos obliga a escoger una senda. Esta

vida puede ser enfocada, me parece, con cuatro actitudes fundamentalmente distintas.

Ante todo, tenemos la actitud del que se niega a plantearse el problema: "No quiero compliarme la vida. No quiero plantearme preguntas que trasciendan del presente. Me da miedo, o no encuentro sentido, o temo que si pienso sobre ello voy a angustiarme, voy a sentirme lleno de tristeza, voy a sentirme penetrado de la fugacidad del momento y del instante. Por eso me niego a plantearme la pregunta del hacia dónde voy. Quiero estar aquí, no quiero ir a ninguna parte". Es muy semejante a lo que hemos descrito antes, como ese actualismo, como esa identificación con el presente. No preguntar, no querer saber, no querer que tenga sentido alguno la pregunta sobre la dirección y la meta última de la existencia.

Hay otra actitud, la actitud de los que, a mi modo de ver, desesperadamente, se aferran a la esperanza de que la vida, dentro de ella misma, tenga su sentido. Aquellos que creen que en la consecución de una meta individual o de una meta colectiva van a encontrar la respuesta total a la existencia humana, que el día que logren ese puesto en la sociedad, que el día que terminen esos estudios que están realizando, que el día que puedan casarse con esa mujer o con ese hombre que aman, que el día que puedan alcanzar ese puesto que ambicionan, ese día encontrarán la felicidad total, la serenidad indestructible, la respuesta a todas las preguntas que el hombre se hace. O bien en un ideal colectivo, el día que triunfe la revolución, el cambio, la evolución, la modificación que cada uno cree mejor y más positiva para la humanidad, ese día ya no habrá más inquietudes, no habrá más insatisfacciones, no habrá más preguntas, sino que el hombre habrá llegado a la culminación de la historia.

Una tercera actitud me parece que es la del hombre que cree que debiera haber esperanza en el mundo, pero desgraciadamente, no la hay. Me parece una actitud profundamente respetable: la de esos hombres que han buscado una causa, un ideal por el cual luchar, una meta por la cual combatir, un modo de vida que les satisfaga plenamente y se encuentran con que les han decepcionado todos estos ideales, todas estas metas, todos estos modos de pensar y estas concepciones de vivir, y llegan a la conclusión de que la vida humana debiera tener un sentido y debiera haber una esperanza para el hombre. Pero esa esperanza no existe.

Finalmente, está la esperanza trascendente de la fe, la esperanza trascendente de la religión. Pero esta esperanza, y volvemos a anudar el hilo de la primera reflexión, puede ser entendida como decíamos al principio, de dos

modos: la religión puede ser entendida, la fe puede ser entendida como lo que niega el valor de la vida presente. Son las religiones angélicas, las religiones desencarnadas, las religiones de espiritualismo puro, que quizá en el fondo son una evasión, un retorno a una infancia soñada, son una escapada como la que en el cuento de Alicia realiza la niña a través del espejo para entrar en un mundo mágico, en el que no hay ni los problemas ni las realidades tremendas del mundo presente. O por el contrario, la esperanza religiosa puede ser lo que da sentido a cada uno de los momentos de nuestra vida. Si nuestra vida tiene un sentido, si nuestra vida tiene una dirección y tiene una meta, entonces vale la

admitía una vida eterna para los muertos, haría de los muertos dioses, como ocurría en el culto a los antepasados en pueblos vecinos, el pueblo de Israel se negó a admitir la idea de una vida eterna, de una resurrección eterna, hasta que los sabios de Israel comprendieron que Dios podía dar el don de la vida eterna sin por eso igualar a Dios a los muertos, a los resucitados. Solamente ya en el segundo siglo antes de Cristo, en el libro segundo de los Macabeos y en el libro de Daniel aparece la esperanza de la vida eterna, la esperanza de la resurrección. Esta esperanza trascendente, esta esperanza que ama la vida tanto que no se contenta sólo con esta vida, sino que quiere vivir para siempre. Esta esperanza

## Un camino que no lleva a ninguna parte, no vale la pena andarlo

pena recorrerla. Un camino que no lleva a ninguna parte, no vale la pena andarlo. Un camino que lleva a un encuentro ansiado, a un encuentro esperado, a un encuentro en el cual confiamos, es un camino que puede y debe recorrerse, es un camino en el que cada uno de sus tramos tiene un valor, tiene un sentido. Y eso nos lleva finalmente a plantear el tema de ¿qué es lo peculiar de la esperanza cristiana?, ¿qué es lo específico de la esperanza cristiana? Y esta reflexión hay que hacerla tanto refiriéndose a las esperanzas puramente humanistas, a las esperanzas puramente terrenas como, incluso la esperanza cristiana respecto del Antiguo Testamento.

### *DIMENSIONES DE LA ESPERANZA CRISTIANA*

A mi modo de ver, son dos las dimensiones propias, peculiares que distinguen la esperanza cristiana, tanto de las esperanzas simplemente humanas como de la esperanza del hombre, del israelita del Antiguo Testamento. Estas dos dimensiones son: la dimensión de la transcendencia y la dimensión del triunfo a través del fracaso.

En primer lugar, la dimensión de la transcendencia. Nos hemos referido a ella a lo largo de toda esta exposición como lo peculiar de la esperanza cristiana, que no es la esperanza del Antiguo Testamento. Ustedes saben que el hombre del Antiguo Testamento, hasta el siglo II antes de Cristo, no tenía fe en una inmortalidad, en una vida eterna, en una resurrección. El hombre de Israel, quizá por miedo a que si

que afirma que el valor de la vida, valor sustancial y sobre el cual se constituyeron todos los demás, este valor de la vida es por don de Dios un valor eterno y una realidad eterna, distingue al hombre cristiano del hombre simplemente humanista o del hombre del Antiguo Testamento.

Pero quizá haya otra distinción más radical y más profunda. El hombre de Israel, del antiguo Israel, como muchos humanismos de nuestro tiempo, imaginaba la vida humana como un progreso lineal. El hombre de Israel pensaba que a través de muchas luchas, de muchas dificultades, pero apoyado en la promesa de Dios, llegaría un momento en que Dios enviaría su Mesías, su elegido. Y ese Mesías, que sería un rey triunfante, convertiría al pueblo de Israel en el centro del mundo; haría del pueblo de Israel lo que ya se prometió a Abraham, la tierra por la cual, el pueblo por el cual serían benditas todas las naciones de la tierra, porque sería el pueblo en el cual se viviría plenamente la fe en el Dios único, se viviría una conducta moral plenamente de acuerdo con la voluntad divina y acudirían todos los pueblos de la tierra a encontrarse con Dios, en el triunfo de Jerusalem.

### *AMOR Y ESPERANZA CRISTIANA*

Frente a esta concepción triunfal del progreso de la Historia, el Cristianismo nos presenta, nos dice que el fin último de la historia pasa por el fracaso. Cristo es el héroe fracasado. Jesús es el testigo de ese amor infinito de Dios, pero de ese amor impotente, porque se estrella ante la libertad humana. Ese amor que se ofrece, pero que no se impone. Ese amor que nos llama, pero

que no nos arrastra. Ese amor que nos convoca, pero que no nos obliga. Ese amor de Dios que fracasa en este mundo, en la Cruz de Jesús y triunfa en el trasmundo, en la resurrección, es el compendio de la esperanza cristiana. La vida entendida como una dura dinámica, en la cual solamente a través de la entrega total de nuestro ser en el amor, con todo el dolor, toda la compasión y todo el sufrimiento que el amar a los demás lleva consigo, puede llegarse a la plenitud transcendente de la resurrección.

No triunfaremos en este mundo. No es el triunfo en la tierra lo que Dios nos promete. Lo que Jesús nos pide es el amor en la tierra, el amor total, desinteresado, completo a Dios y a

los demás; y nos dice que a través de ese amor encontraremos el Amor. A través de esa verdad, encontraremos la Verdad. A través de ese bien, encontraremos el Bien para toda la eternidad.

Volvemos, pues, al texto que nos sirvió de punto de partida. Frente a todos los desencantos y las ilusiones con el hombre quiere engañar su vacío interior y su insatisfacción constante a lo largo de la vida, los cristianos proclamamos esa pequeña esperanza, esa niña esperanza que tiene el aspecto de no ser nada, de no ser importante y que sin embargo, es como una llama, una llama inmortal, una llama indestructible, como la llama del Santuario que, frente a los soplos de todo viento, se mantiene eternamente encendida.